LA FALANGE

Y EL COMBATIENTE

LA PUENTE

10088

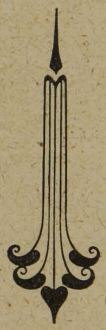
LA FALANGE Y EL COMBATIENTE

EDITADO POR DELEGACION NACIONAL DE PRENSA Y PROPAGANDA
DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S.

LA FALANGE

Y EL

COMBATIENTE



BILBAO
EDITORA NACIONAL
1938 - III

LA EDITORIAL VIZCAÍNA :: Henao, 8 :: BILBAO

¿POR QUE LA GUERRA?

Tú, soldado, te habrás preguntado muchas veces en las horas de soledad del frente: ¿para qué estoy aquí? No lo querrás confesar a nadie pero te lo habrás preguntado. Y no es eso un reproche. Porque cuando se deja el pueblo y la madre y el camino conocido de los campos o del taller y se vive en un ambiente que, aunque ahora a los tantos meses de guerra te resulte familiar, al fin y al cabo es ajeno a tí, la pregunta es tan lógica que lo extraño sería que no hubiera acudido a rondarte. No es ello signo de falta de patriotismo o de

ausencia de coraje: es solamente muestra de ese afán que todos tenemos, pueril y varonil a un tiempo, de saber. No es mejor soldado el que cierra los ojos a todo sino el que, por tenerlos muy abiertos, comprende lo bueno y lo malo de las cosas y se abraza después, conscientemente, a un ideal. Ni es afán nuestro ni de España el que tu entusiasmo esté fundado en puro gesto de animal amaestrado que dice "sí" a lo que afirman los que están arriba. Los hombres deben saber lo que defienden y más aún cuando viven en momentos en que todo lo sagrado está en litigio y en que la vida y la muerte—los valores definitivos—se disputan el puesto a su lado. "¿Por qué estás aquí?" que es tanto como decir "¿por qué la guerra?" A ello vamos.

Desde luego, estás en la guerra contra el marxismo y lo que el marxismo defiende; mas no es este el camino que quiero que sigas. No invocaré a los otros, a los "rojos", su conducta y sus propósitos, y si los menciono alguna vez será de pasada. Ya pasó la época de los "antis" de los "contras" y de los "mueras" de las uniones basadas en lo que representa el enemigo que es tanto como ir a rastras suyo. Ahora vamos a

"por", es decir, a afirmar algo que peligra. Sólo los que afirman pueden triunfar. Ya veis lo que en la guerra ocurre: los que se preocupan únicamente de defenderse—a los gritos de "resistid", "fortificad"—sólo retroceden. Son los que piensan avanzar, los únicos que avanzan. Los que van por el enemigo y lo buscan donde se encuentre.

De igual forma debemos hacer con nuestras convicciones: proclamarlas y lanzarlas contra las del enemigo allá donde se encuentre, empleándolas como arma de lucha. No hagamos con nuestras creencias un parapeto que sólo espere resistir. Los que pretendieron triunfar en España lanzando como banderín de enganche sus contras y sus antis no atacaban; sólo deseaban que el enemigo no les atacase o que caso de hacerlo no invadiese sus posiciones; en definitiva, mantenerle a raya cuando en la guerra el que no avanza, retrocede.

Esa actitud, aparte de inútil, es impropia del que cree: el que cree afirma. Y España ha de ser forzosamente una tarea de afirmaciones, un conjunto de creencias, una serie de "sis".

"Una nación es siempre un quehacer" dijo José Antonio. Y el quehacer no es el

reposo ni el resistir sino el atacar, el lograr y el construir. Hacia ese quehacer como anhelo común de todos, os invocamos. Al encuentro con la Patria que es tanto como encontrarse con uno mismo. Al encuentro con los mejores ideales de esa Patria y con sus instituciones elementales y con la incorporación de todos vosotros hacia un Estado nacional. La guerra la justificaremos así: por una vida mejor.

PEQUEÑA HISTORIA

ANTES de la guerra, sin embargo, eran los marxistas los que atacaban, los que estaban en el puesto que ahora ocupamos. Ante ellos, los cobardes gritaban, mirando hacia atrás: "fortificad". Pero los marxistas iban poco a poco asaltando posiciones: ellos tenían la táctica justa. Lo triste es que una nación tenga que vivir entre el pánico de los unos y el afán destructor de los otros. El miedo no construye nada y el afán de destruir, ya lo comprenderéis, nada puede edificar tampoco. Sólo que una nación es algo más que páni-

co u odio. Y si es España, no digamos. Tenemos en nuestra historia demasiadas empresas realizadas para resignarnos a ser león domesticado o tribu de negros. Ante el miedo o el odio muchos supieron ser hombres. Era muy sencillo pero muy difícil.

No es en sí cosa del otro mundo darse cuenta de que existe la Patria; pero cuando nadie la afirma, el verla y el defenderla es casi empresa sobrehumana. Surgieron acá y allá descontentos. No sabían de momento lo que querían pero aunque no viesen la verdad ésta iba con ellos. Gente borrosa toda.

El estudiante que venía de su pueblo y oyó hablar por doquier de rebeldía, de golpes de fuerza, de revolución, mientras les explican en cátedra una retahila de negaciones. Era joven y su sangre caliente pedía acción, pero acción fecunda: bien estaba la violencia, pero tomada con aire alegre y deportivo y al servicio de una creencia y de una hermandad vigorosa y entrañable. Bien estaba la revolución, pero en nombre de España.

El campesino que conocía hasta la hartura las largas horas de camino hacia las eras y las eternas jornadas bajo un sol im-

placable. Que sabía de las promesas hechas desde lujosos automóviles, de una fuente, de un camino, una escuela, pocas horas de trabajo y un jornal exagerado. Que oía unas veces glorificar a Dios y otras maldecirle pero que no ignoraba que ni los primeros le conocían ni los segundos le repudiaban de buena fe. Que oía hablar unas veces mal del Gobierno, otras, bien; unas veces mal del régimen, otras, bien; unas veces mal de su sindicato, otras, bien; medio mundo contra el otro medio. El entendía poco de todo, pero su sensibilidad le decía que aquello era borroso, sucio, poco noble.

El obrero que no gozaba de nada porque sentía odio profundo por todo. ¿Era aquello vivir? Si iba al cine, en vez de disfrutar, sufría: la película, o era rusa y sólo le hablaba de la necesidad de rebelarse o matar, o era judío-americana y en ella sólo aparecían hombres gruesos y egoístas. Si marchaba por la calle, le ofendían los automóviles lujosos y los abrigos de pieles de las mujeres. Si iba al café, los compañeros sembraban rencor. En la fábrica, lo mismo. Y así todo. ¿Era aquello vivir?

Gente toda borrosa pero que se agrupó al sentir el mismo descontento y a las ór-

denes de quien podía darlas. Son los tiempos heroicos en que unos cuantos se enfrentan con todos, atacando al enemigo de frente y en su misma guarida y haciendo sentir a otros españoles la confianza en sus propias fuerzas. El marxismo era vulnerable y cara a cara retrocedía. Roto el conjuro, ya se adivinaba que todo era cuestión de tiempo y preparación, que una labor de proselitismo encaminada a aumentar el número de militantes y fortificar la organización podía dar la batalla decisiva.

Había que seguir el camino estrecho: los primeros principios se amplían, se ordenan y hacen surgir los puntos de Falange, que son, en su sencillez, todo un programa de Estado, y la doctrina de Falange, que es más todavía porque es un programa de vida. Y la organización llega a punto de sazón: con un Estado Mayor—Consejo político—a las órdenes de un Jefe, un pequeño ejército de choque—primera línea—, otro de reserva—segunda línea—, y un total nudo de enlaces y propaganda. Doctrina, aquella, nacida en ocasión de guerra y organización ésta, nacida para la guerra: los mismos cuadros y sus nombres—centurias, banderas, escuadras—lo decían.

Tuvo visión de profecía. Esa sabiduría sencilla y al mismo tiempo profunda, de los hombres que saben en cada momento ver el alcance de las cosas y adivinar el mañana. Sólo el que tiene metido en sus entrañas la ciencia del amor humano puede decir en todo instante cuándo es equivocado el camino que sigue un pueblo y cuál debe ser ese camino. Sólo llevando dentro hambre de libertad se conocen bien los propósitos del que quiere esclavizarnos. El primer semanario popular de Falange se llamaba "LIBERTAD" y el grito primero invoca a España libre. La visión de lo que vendría fatalmente la hace hablar de milicia y defender una organización militar de la vida y un temple de violencia, de arremetida y persecución, propio de tropas vencedoras. Nos devuelve la confianza en nuestro propio valer y lanza a los cuatro vientos, a las aldeas y a las encrucijadas de los barrios obreros el ¡Arriba! que exige esfuerzos duros, pero que promete frente al que se doblega o ataca encogido y por la espalda, la dignidad de vivir de pié.

Ya frente al odio y al miedo se puede creer en algo: en nuestro esfuerzo y en una idea que funde a todos: la Patria.

LA PATRIA

UNA Patria es algo perfectamente definido. Se podrá tener de ella tal o cual idea, pero esa idea ha de ser clara y ha de estar fuera de todos los vaivenes. Lo que no se puede admitir es que la Patria sea como un juego de mareas: unas veces con marea baja de derechas, otras, con marea alta de izquierdas, y en ocasiones, con temporal marxista. Todos tenéis nociones de las cosas: sabéis lo que es un alimento o un instrumento de trabajo, pero jamás pensaréis que sirvan para usos distintos. Por eso es absurdo admitir que

la Patria pueda ser cosas diferentes cada cierto número de años.

Reunidos en un trozo de terreno un conjunto de hombres, establecen en él sus viviendas, sus medios de vida. De la vida en común surgen choques, rozamientos, trabajos y luchas. Si nada une a esos hombres, cada uno verá en el vecino al enemigo y todo estará desarticulado, y los esfuerzos individuales se malgastarán y serán inútiles. Es preciso una trabazón, algo que una a las intenciones y los trabajos de los individuos, de las familias, de los grupos, y las creencias de todos hacia una creencia general, pues la discusión inútil es malgaste de energía y tiempo perdido. Hay que unir lo que desunido carece de empuje. Unir las conciencias de los hombres y las fatigas de los hombres.

Y no terminamos en nosotros. Una ley que es carga y medalla nos impone perpetuarnos. Y en nuestra descendencia fijamos nuestros mejores anhelos, nuestros más puros quereres. Y con ardor deseamos ver reflejados en ella lo nuestro, porque así calmamos nuestros afanes de continuidad. Ningún placer mayor puede tener un padre que oir decir que un hijo suyo es "su vivo

retrato". Y para que ese "vivo retrato" viva mejor que nosotros, trabajamos y luchamos. La humanidad no se movería si supiese que iba a carecer de descendencia. El progreso es, en el fondo, eso: cuando un país no se ha pervertido en sus raíces se mueve constantemente bajo la consigna de su futuro. Ese constante acrecentamiento es lo que se llama tradición. La tradición es depuración, conservación de lo beneficioso, destrucción de lo dañino y creación de lo que no existiendo es provechoso o necesario.

Ese constante suavizar el camino que recorrerán nuestros descendientes y esa unión en ideales y esfuerzos se condensa en un gran ideal colectivo, de los que vivimos, de los que vivieron y de los que vivirán. Y ese pensar constantemente en el mañana, en los que nacerán, debéis tener siempre presentes vosotros, soldados, que poneis la vida en trance de muerte. El móvil de nuestros actos ha de ser el legar a los que vendrán una Patria mejor que la que recibisteis. Sólo se nos hará menos pesada nuestra ruda tarea si todos nos ayudamos, y el estar ligados en dificultades y goces nos hará fuertes. Sólo unidos puede hacer-

se algo: el pequeño destino de cada uno se encuadrará dentro del destino de todos, que por ser de todos ha de ser uno solo: unidad de destino. Y eso es lo que defendía la Falange y lo que defendemos.

LA GUERRA, CLIMA DE LA FALANGE

A cuantos les cogió la guerra con las manos en los bolsillos? A pesar de la situación última de España en la que todo se deshacía, en la que todo estallaba, la guerra para muchos era una fantasía. Cuando en realidad la guerra estaba ya declarada y lo que el 19 de julio vino no fué la rotura oficial y con toda solemnidad de las hostilidades. Unicamente los que se dieron cuenta de que España estaba ya anteriormente en batalla pudie-

ron recibir el Alzamiento Nacional con el gesto natural y tranquilo del que espera una visita. Todo estaba ya preparado; se reclutaron los hombres, se les dió un fusil y se les envió al frente. Había nacido la Falange para la guerra y en la guerra cumplía su misión.

No era sólo las milicias. No era sólo el hecho de poder disponer rápidamente de una masa de hombres dispuestos a todo, capaces de tapar boquetes en las sierras o de avanzar si era preciso. Había, además, en la Falange espíritu militar. Su consigna "la vida es milicia" nos dice que todo su programa y toda su propaganda sobre los camaradas estaba encaminado a preparar a éstos en cuerpo y alma para la guerra. En alma también: su lenguaje era eso, militar, y por lo mismo el único capaz de comprenderse. También los soldados sintieron en cuanto se encontraron en trance de guerra, esto es, en trance militar, ese lenguaje. Y sin darse cuenta lo hablaron. No se dió ningún decreto ni ninguna orden personal para que las tropas que marchaban al frente cantasen su himno y dieran los gritos reglamentarios, pero todos lo hicieron. Fué un fenómeno de compenetración

y de amor, una invasión recíproca. Falange entró en la tropa y la tropa, sin pensarlo, entró en la Falange. Era aquél el clima del nacionalsindicalismo y era el nacionalsindicalismo el clima de la guerra. La misma forma de llevarse ésta a cabo nos lo dice. Comenzó en un ambiente de pobreza, sin medios ni centros militares fuertes, con una miseria admirable que recordaba aquella otra en que Falange había vivido, clandestinamente, sin dinero, sin armas, sin casi propaganda... Creció Falange en días de persecución y cuanto más arreciaba ésta más eran sus afiliados. La guerra, desesperada al principio, pedía hombres que iba a perder. Ciento contra uno y todo en contra. Aquello era para la Falange lo suyo: hacer milagros y sacar las cosas de la nada. Fiarlo todo a la capacidad de improvisación, al coraje español, a la disciplina y al espíritu heroico. Como antes, el enemigo tenía el oro, las grandes masas urbanas, los grandes medios de hacer prosélitos. Nosotros sólo teníamos el entusiasmo y un grupo director.

¿Y la doctrina? También la doctrina de Falange era la doctrina de la guerra. Se luchaba por esas cosas elementales que son,

sin embargo, las más hondas, las que están en todos vosotros, las que no requieren para quererlas grandes estudios ni grandes fortunas: la defensa de las aldeas deshechas, de las iglesias incendiadas, de las familias asesinadas, de las cosechas destrozadas, de la paz rota. Todo lo que aprendemos en la vida y luego ya nos acompaña hasta la muerte: esas nuestras eternas compañías que son la madre, la tierra, el cielo. Se luchaba porque no se destrozase la vida de los pueblos, porque no pelearan hermanos contra hermanos, porque no hubiera enemigos donde enemigos no debía haber. Quizá no os déis perfecta cuenta pero todos lleváis dentro la defensa de esos bienes. Se luchaba y se lucha, sobre todo, porque una mejor vida futura supere a la vergonzosa pasada. Ese deseo que todos tenéis de no encontraros con lo que dejásteis. En el frente los combatientes, sometidos a las mismas privaciones, están unidos por un mismo destino de vida y muerte. No hay más diferencias que las puramente físicas o jerárquicas; la vida peligra en el alto y en el bajo, en el de esta o aquella región, en el de tal o cual clase social: unión. Esos vínculos no deben rom-

perse nunca y no se romperán. Y se lucha porque no vean nuestros hijos lo que ahora nos toca ver; porque no se encuentren una Patria en ruinas. Nosotros hacemos el camino que ellos andarán. Unidad entre todos los españoles y entre los españoles actuales y los españoles del futuro hacia un mismo destino mejor, en un mañana fuerte y vigoroso: la unidad de destino de la Falange.

Mas una guerra supone una transformación completa en la vida del Estado que la soporta. Y una guerra como la nuestra que es lucha contra una situación anterior de cosas que rechazamos, supone una rotura con el pasado. Es, pues, éste, un Estado en formación que necesita de nuevos principios capaces de darle justificación y razón de ser y necesita, igualmente, cubrir una serie de necesidades de tipo social, derivadas del hecho de la guerra.

Nuevos principios. No son estas unas elecciones en las que, en vez de llevarse papeletas a las urnas, se empuñasen fusiles. La suerte de España, que es nuestra suerte, no puede dejarse al arbitrio de un día caciquil. La muerte supone, cuando se muere por algo decisivo, un mandato sobre los

que perviven: un mandato sagrado e inviolable. Ellos, los muertos, que son los que salvan la suerte de España, nos marcan un sendero claro y bien dibujado que no admite vaivenes y del cual no debemos separarnos. El Estado existe por sus muertos y si España ha de ser en lo futuro una cima maciza no será por los que creyeron que, a merced del tiempo, pudiese tener distinto perfil, sino por los que murieron pensando en la eterna e inconmovible unidad de la Patria, de los que afirmaron una verdad, con intransigencia e intolerancia, cuando los demás pensaban que todo—lo bueno y lo malo—era respetable si acataba ciertos formulismos electorales.

Ni puede el Estado tolerar lo que signifique destrucción de nuestra vida y atentado a nuestra libertad nacional. Aunque, eso sí, recoja los esfuerzos vanos de aquellos que pensaban que por su camino equivocado iban a una mayor grandeza humana: "al fin el ímpetu de éstos—como dijo José Antonio—enderezado una vez por caminos de error puede cambiar de signo y deparar jornadas de gloria a la revolución nacional de España". La confianza en nuestras fuerzas puede permitirnos invo-

carlos a hermandad. Mas la seguridad de nuestra vida futura exige limpieza implacable de los que atentarían a esa hermandad.

Por todo esto el Estado se encuentra ahora, en ocasión de la guerra, con que la única doctrina que puede justificarle y darle cohesión y vigor es la de la Falange. Las otras, las que se basaban en cosas de momento, no nos pueden servir a los que pensamos siempre en el **después**, ni menos aún las de los que negaron la unión de los hijos de España y afirmaron la destrucción de sus valores fundamentales. Al venir la guerra se han desplomado las esperanzas cobardes y los afanes de crimen. La guerra, que a primera vista habla de muerte, puede decirnos igualmente de vida. Si sabemos darla su exacto significado y no malgastamos la herencia de los caídos, veremos que murieron para que los restantes tuviesen una vida mejor.

Y por ser la Falange la única razón posible del Estado futuro, es la única capaz de informar todos sus actos. La hermandad que proclamamos, y que arranca de la igualdad de todos, justifica mejor que el marxismo, la igualdad social y humana,

necesaria en un Estado justo. Y si en el Estado no existe jerarquía, base de la capacidad de violencia de las antiguas escuadras falangistas y de la actual organización militar, y espíritu de servicio, que nos haga llegar hasta donde hace falta, el Estado será una muchedumbre entontecida y salvaje. Por lo cual bien puede decirse que la Falange es el único soporte del Estado capaz de mantener en tensión a los españoles, realizar su unidad y llevarlos a la plenitud social. La guerra y el Estado son nuestros y sólo nuestros. Fuera de la Falange no hay más que las trincheras rojas.

LLAMADA

Por ser soldados os hablamos constantemente de la guerra, mas la guerra como todo, tiene su término. Bueno es ir pensando en él. Para vosotros preferimos, más que invocar la buena vida, exaltar la dureza y el poder; siempre mejor un lenguaje militar que una charla femenina.

Todas las antiguas llamadas electorales se redactaban sobre las bases de un desquite y un futuro paraíso. "Si votáis esto, os haremos un camino vecinal", gritaban al principio. Luego, a medida que se multi-

plicaban las promesas, el camino resultaba pequeño y se ofrecía una carretera de primer orden. Y al final ya era poco la carretera y la traída de aguas y la subida de los sueldos: se ofreció el paraíso terrenal.

En nosotros las mejoras de orden material deben verse no como comodidades para entregarse a una vida de holganza, sino como elementos necesarios para una vida digna y humana; y esa vida verá en aquellas mejoras el medio para que, después de haberse satisfecho las necesidades de hogar y mesa, se realicen sin agobios otros n o b l e s designios. Es más nuestro, por ejemplo, salvar la miseria campesina para que los niños puedan aprender a l e e r y adquieran un desarrollo físico debido, sin la premura de ir a trabajar al campo desde las primeras edades, que para poder comer y vivir con mayor lujo. Nosotros vemos al hombre como ser dotado de alma y cuerpo en el que, si el cuerpo pide holgura y limpieza y alimento y vestido, el alma reclama educación, cultivo de su sensibilidad y conocimiento de la verdad. Es preciso llegar al hombre fuerte, audaz, sano, moral, alegre de vivir. La milicia no es sólo disciplina y sacrificio sino vigor, pues

para el riesgo no sirven los débiles. Estimamos que, porque la vida es muy dura y nuestra tarea muy difícil, sólo una magnífica preparación moral y física puede permitir abordarla. Porque os hacemos un llamamiento, en nombre de la milicia invocamos, como meta, al hombre; esto es: al ser capaz de llegar a la vida eterna después de un camino, si bien duro, recorrido con alegría que da la confianza propia y el sentirse miembro de una hermandad que satisface nuestras necesidades.

Y porque en estos momentos el que más se parece a ese modelo humano es el soldado, y porque contamos en las filas de la Falange un número incalculable de ellos, y porque nunca descansaremos hasta ver a todos los españoles comulgando bajo los mismos ideales, os hacemos a todos un llamamiento. En nombre de un posible hombre futuro, de un español futuro, que supere en plenitud de fuerzas y en dignidad de vida a todos los hombres débiles, cautos, flojos, que nos precedieron.

LA REVOLUCION

Y este llamamiento lo hacemos en nombre de la revolución. Sea el primer punto de nuestro credo la afirmación del principio revolucionario.

La revolución arranca siempre de un estancamiento y una desviación del rumbo de la Patria. Nuestra vida se ha caracterizado últimamente, de un lado por la vulgaridad, la monotonía, la carencia de horizontes, la rutina, la perpetuación de toda injusticia; de otro, por el rencor, la acritud, la barbarie de una vida en la que el hombre era un animal doméstico para la

esclavitud, y al mismo tiempo salvaje para sus sentimientos. Y siempre el descontento, la desazón, el no encontrar sitio, el conocimiento callado de la imposibilidad de redención. Sin guías, perdida la fe en nuestros destinos hemos ido viviendo, hemos ido tirando, buscando en pequeñas luchas y rencillas un cauce para nuestra naturaleza luchadora. El español es inquieto y necesita una ocupación constante. Al no dársela los que tenían obligación de hacerlo, acabó rompiendo toda armonía de vida, destrozando sus mejores reservas. De hombre a hombre sólo había envidia y odio. Sin un lazo de unión, sin un afán común, sin horizontes, ha matado toda hermandad, quebrándola poco a poco en pequeñísimos pedazos. Una nación así no tiene salvación si así sigue. Pero ahora, en ocasión de guerra, la ocupación ha surgido espontáneamente. La guerra, bien lo sabéis, no deja tiempo libre para las pequeñas cuestiones. Y eso es lo que queremos y debeis querer todos: que luego de la guerra otra gran preocupación, otra gran guerra, pero sin sangre, una guerra incruenta en pro de nuestra unión, mate todo egoísmo y evite, implacablemente, toda rencilla.

Nos encontramos en un momento único, sin igual. Hacia atrás sólo vemos vacío, ruinas; hacia nosotros, lucha, afán, disciplina. ¿Por qué no hemos de ver hacia adelante un futuro de paz y de noble quehacer? De paz, pero montada sobre la justicia y la sangre de las bajas de guerra. De noble quehacer en el trabajo del cuerpo y el conocimiento y amor a la verdad.

Esta gran ocasión es una ocasión dura y difícil. Por lo mismo que no podemos aprovechar nada del pasado todo lo tenemos que crear. Debéis sentir este afán de creación, de buscar la vida nueva y vivirla. Aprovechemos los aciertos de los que guiaron a España como buenos guías y no dejaron sucesores que remataran su obra. España es un camino a medio hacer con un puente volado. Reconstruyamos el puente y sigamos el camino.

Y a esto le llamamos revolución. Revolución es, para nosotros, el encuentro con nosotros mismos, con nuestro destino, con nuestra hermandad. Revolución es retorcer por el cuello, ahogar la realidad negra de nuestro Ayer y edificar una sociedad sobre la justicia de los que contribuyeron a esa muerte.

Hay que agarrarse al bisturí y cortar sin compasión. Para que así cuando los cañones enmudezcan podamos todos entendernos con claridad. Nuestra revolución será un verso claro y una canción popular de arado, libro y milicia. Amamos el agua clara y el mediodía. Ahora estamos en la noche obscura de la guerra, pero tened fe y amanecerá. Tened fe en nuestro credo y en vosotros mismos. Los españoles podemos, si queremos, y no estamos en error. El español es, ante todo, todo un hombre, con inteligencia, voluntad, coraje; con poder.

Vida nueva. Hemos girado entre el estancamiento y el caos. No podía llamarse tradición a unas cuantas costumbres, vacías de hondo significado, ni podía llamarse revolución a las matanzas de curas y frailes, y a la desorganización económica. Pues aquello era rutina, polvo, y esto anarquía, disolución. Por eso nuestra vida ha sido una vida sin sustancia ni fuerza, porque carecía de pasado y de futuro, de prestigio y de noble ímpetu. Ya sólo el hecho de esta fluctuación, de esta oscilación perenne. de este constante danzar entre la ceca y la meca era síntoma elocuente de po-

dredumbre y justifica nuestros anhelos revolucionarios. Nuestra revolución ha de huir por igual del estancamiento que de la anarquía y ha de volver por los fueros de nuestra verdadera y consustancial tradición de vida, exaltada y potenciada por un ímpetu de la mejor estirpe.

La revolución nuestra no es una palabra que lanzamos con la pretensión de hacer mucho ruido. La Falange es un reto al marxismo, y la Revolución Nacional-Sindicalista desafía a la revolución marxista para superarla—¡fijaos bien españoles que aún no sois camaradas y camaradas que ignorais, todavía, el verdadero sentido de la Falange!—en el terreno moral y económico-social y en el de la superación de las formas humanas de vida conocidas. Y todo en el plano de la rivalidad: revolución contra revolución.

Esa revolución es una labor enorme y difícil y requiere el esfuerzo de todos vosotros. Para ello os hicimos el llamamiento. Y ahora, precisando más, os invocamos a formar parte del instrumento único capaz de realizarla: el Estado.

EL ESTADO

JAMÁS el hombre aislado pudo nunca nada. Separados unos de otros, somos incapaces de acometer una obra decisiva. Por eso hemos nombrado al Estado, porque el Estado no es, en definitiva, sino la organización de todos los esfuerzos individuales hacia una meta.

Por regla general la palabra Estado suele indicar sujeción, tiranía. No lo será si vemos al Estado como una obra de colaboración nacional en la que cada uno aporta su esfuerzo. Nadie puede ser desprovisto de su derecho de colaborar en esa

obra, ni nadie puede apartarse de su deber de apoyo a la misma.

Una nación sin Estado no tiene sentido. Por eso, porque queremos que en adelante España tenga sentido, razón de ser, anhelamos el Estado nacional.

La mayor tragedia de España ha sido carecer de Estado. Los españoles o permanecían indiferentes al mismo, o le consideraban enemigo. Sus representantes—jueces, alcaldes, etc.—eran el temor del labrador, del hombre de la clase media, del artesano. La misión más típica de colaboración y ayuda al Estado, dentro del régimen liberal, eran las elecciones, que bien sabeis lo que significaban. El ciudadano miraba al Estado como un rival chupador de sangre y refugio de desaprensivos. Todo ello perfectamente justificado porque nunca trató aquel de hacerse amar, llamando a todos, acogiéndolos en su seno y marcándoles una misión. El Estado se desentendía de la masa, del trabajador anónimo, y lo único que hacía era reprimir los desórdenes públicos. Ultimamente ni eso.

Un Estado así, que no se reduce sino a una legión de Diputados y de policías y de recaudadores de contribuciones, es enemi-

go nuestro. Contra él luchamos tiempo atrás. Porque creemos en la hermandad humana y en la Patria, vemos al Estado como el organismo capaz de dar cauce a esa hermandad y realizar el destino de la Patria.

Por de pronto creemos que el Estado no puede ser indiferente a la verdad y al error que, por lo tanto, ha de tener un ideal y una doctrina que acoja los deseos de España en la hora presente y los dé realidad. Y como España está en guerra, y es en esta guerra donde se decide su suerte, y es ella la que recoge esas ansias y las defiende. El Estado que propugnamos es el que, hijo de la guerra y de las inquietudes que trajeron la guerra, sea capaz de su encauce y las haga posibles.

Y el Estado ha de tener, por tanto, medios. Un Estado pobre o débil puede muy poco. La fortaleza del Estado es la fortaleza de sus súbditos, y sólo siendo aquel potente y libre, puede sentirse el ciudadano libre y potente y protegido en sus derechos.

Y ha de ser un Estado totalitario, que se preocupe de todo: del orden, de la economía, de la cultura. Del alma y del cuerpo

de los que lo integran. El hombre, por ignorante que sea, siente siempre inquietudes. Ante los momentos d e c i s i v o s—la muerte, la guerra—queremos, no que nos digan que pensemos por nuestra cuenta y que seamos nosotros los que nos demos las soluciones, sino respuestas tajantes que nos disipen esas dudas. ¿Existe Dios? ¿Existe la Patria? ¿Vale la pena de morir? Buscar cada uno el por qué de las cosas es muy difícil. Dejarlas en el aire es muy doloroso. Si en momentos duros nos sentimos abandonados a nuestras propias fuerzas, ¿para qué sirve todo el tinglado estatal? El Estado tiene algo de madre, de refugio y consuelo. Pero un Estado así es un Estado que nos comprende y que por comprendernos sabe curar todas las heridas.

Y no es esto sólo. La hermandad humana exige que todos sus miembros tengan la necesaria dignidad de vida. Nadie puede sentir la Patria si la Patria hecha Estado le abandona, ni nadie puede titularse español si deja solos a sus hermanos de lucha.

Fácil es comprender que todo esto no puede hacerse sin la necesidad del Estado.

La palabra temida se hace amada si pensamos que la iniciativa privada puede muy poco. No somos seres solitarios que marcha cada uno por su camino. Queremos saber y queremos comer. Mas la vida del hombre es tan corta que por sí misma no averiguaría nada; y la organización moderna de la economía es tan complicada que sólo en un apoyo mutuo puede encontrarse su solución.

Este es nuestro Estado. Y le invocamos no sólo por creerle necesario sino como punto de partida para el desarrollo de todo nuestro credo. El estado moderno ha sido tachado de absorvente. Y en cierto sentido lo es. Pero el Estado debe, efectivamente, absorver los esfuerzos de todos y encauzarlos para que no se desperdicien. Es que no se puede invocar la unidad y dejar que cada uno marche por su camino. Lo que hay que conseguir es que el Estado sea el intérprete fiel de nuestras inquietudes y la fragua donde se forje nuestro destino; que sea de tal forma que lleguemos a comprender que fuera del mismo no hay sino inutilidad, malgaste de energía. Debe estar ba-

sado sobre el hecho del hombre y de la sociedad humana.

Si rechazamos el concepto marxista o liberal del Estado es porque creemos que es contrario a esa naturaleza y que, en esas creencias, el hombre, por una ruta equivocada, llega a traicionar a su modo peculiar de ser. El hombre marxista o liberal es —digamoslo así—menos hombre, infrahombre. El liberalismo—y por consiguiente el Estado liberal—nos hace escépticos, apáticos, flojos, poco viriles. El marxismo —y con él el Estado marxista—nos embrutece, castrando nuestras más nobles cualidades. Los dos desconocen lo que somos y por eso todo lo que de ellos resulta es desquiciado y falso. Un Estado como el que propugnamos no es tiránico, pero no deja que el hombre deje de ser lo que debe ser. En su interés exclusivo. El Estado liberal sujeta poco porque crea poco. El Estado marxista sujeta con cadenas porque juzga al hombre esclavo. Nuestro Estado, absorbente, si, es sin embargo, creyente en el hombre y en su destino. Sólo en él hallaremos sitio.

Será un Estado cuyos pilares serán las propias organizaciones naturales, aquellas que no pueden inventarse, porque son necesarias; las que llevamos dentro de nosotros. No inventará nada; recogerá lo que ya está vivo, lo subrayará y encauzará.

EL HOMBRE

El punto de partida para la reforma del Estado es la reforma y educación del hombre: un Estado que no se preocupe de aquellos que lo forman, mal vivirá. El carácter, el modo de ser de cada uno de nosotros se refleja, forzosamente, en el carácter y estilo de aquel. Por eso, en todo momento, debe enseñar y moldear caracteres y nosotros debemos tolerarlo y aún protegerlo. No nos extrañe que busque educarnos.

Un Estado consciente no deja que cada uno campe por sus respetos. Hay ideas

que limitan y socaban nuestra potencialidad de obrar, nuestra posibilidad de producir, el orden y la armonía social. Un Estado debe tener siempre presente un tipo de hombre ideal y según él debe conducirse, evitando todo aquello que vaya en contra suya. Si quiere ser fuerte habrá de contar con hombres fuertes; si quiere ser rico anulará la pobreza; si desea tener fe en su destino, fé y entusiasmo procurará difundir.

La formación del hombre es preocupación constante de un Estado que merezca este nombre. Todo espíritu de apostolado, de fraternidad tiende a evitar que otros vivan en el error, que malgasten sus energías. Además, el Estado es el lazo de unión entre todos y mal podía obtener esa unión si consiente que cada uno marche por su camino.

Nuestro sentido del hombre es el católico: ser compuesto de alma y cuerpo, capaz aquella de condenarse o salvarse y digno éste de una vida si no regalada, digna. La educación espiritual buscará formar hombres creyentes en su destino eterno, dotándolos de voluntad poderosa, apta para vencer dificultades, y de una sensibili-

dad capaz de apreciar las bellezas que la vida encierra. La fe en nosotros y en nuestra vida, que puede llegar a la eterna, nos da confianza, seguridad, aplomo, alegría, fuerza. El que cree vive y el que no cree se desespera. El hombre a la sombra de esas creencias se reviste de dignidad. Sólo cuando vemos así a nuestros semejantes les distinguimos de los animales. La educación no para aquí. Un Estado fuerte es un Estado de hombres fuertes de alma y cuerpo. En su virtud nuestro estilo es deportivo, juvenil. La juventud es tanto como fortaleza y para la vida, camino entre rocas, sólo el fuerte sirve. La educación física no es un lujo o una afición sino una necesidad y una obligación.

La libertad del hombre es nuestra primera aspiración. Mas la libertad es tanto como decir perfección, plenitud. Ni el enfermo ni el desasosegado en un mar de dudas y negaciones, es libre. Ni el esclavo de un régimen de anarquía ni el que lleva una vida a remolque de unos pocos. Sólo se es capaz de no atropellar los derechos ajenos cuando se comprende que esos derechos derivan de una naturaleza privilegiada que no poseen los brutos, los que mueren y no

van más allá, los que solo saben del placer de dormir y comer. La única garantía que puede tener un hombre de que no se atentará contra sus legítimos derechos es saber que es visto por los demás como una criatura que vive según un destino superior y eterno. Por eso decimos que "la dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles", porque consideramos como fuente de esa dignidad, esa integridad y esa libertad algo que es ya eterno e intangible: Dios.

Mas no todo es derechos. Por de pronto hay un deber de respeto a los demás. Y hay una obligación de cumplir, a toda costa, los deberes que esa dignidad nuestra impone. Deber de trabajo, de sacrificio y de cooperación. La libertad sólo se consigue a fuerza de renuncias. Nosotros no decimos que basta con respetar la ley: esa es una posición negativa que equivale a decir que sólo el delito es censurable. Mas nuestro ideario es afirmativo: no basta con no hacer lo malo; hay que hacer lo bueno.

Y es así cómo el Estado señala deberes, trabajos. Cómo limita nuestra libertad de movimientos en aras de una armonía total. No nos duelan esas limitaciones. ¿Liber-

tad? Sí, pero para nuestro provecho, para nuestro bien. Si en la guerra hiciese cada cual su gusto, ¿cuántos lo contarían? El triunfo exige renuncias; la fortaleza de la Patria, la unión de los españoles, la vida económica pide unidad de dirección y de conductas. "A nadie le será lícito usar su libertad contra la unión, la fortaleza y la libertad de la Patria. Una disciplina rigurosa impedirá todo intento dirigido a envenenar, a desunir a los españoles o a moverlos contra el destino de la Patria." Sólo en la Patria, sometido a su destino puede ser el hombre libre.

* * *

Mas no lo olvidemos: somos españoles. Y por eso no bastará exaltar al hombre y aun marcar sus deberes si callamos los defectos peculiares de nuestro temperamento, que pueden ser fatales en la obra de edificación del Estado que nos proponemos.

Amamos la luz, el espejo, el relumbrón. Cuando realizamos una cosa nos gusta que alguien esté presente. Así poco se puede hacer. Pues las naciones viven más de una

serie de actos anónimos que de unos pocos conocidos.

Queremos ver realizados nuestros proyectos al instante de concebirlos. Mas luego, ante las dificultades, nos entra el desaliento y los damos de lado. Nos pasamos la vida concibiendo, pero parimos poco.

Nuestro temperamento gusta de lo perfecto y es por eso por lo que nos desilusionamos ante las imperfecciones de la realidad. Nos desanima el defecto de Don Fulano o los de tal o cual ley, y en vez de procurar no caer en esos defectos, lanzamos un ¡qué asco! y nos echamos a dormir.

Vosotros sabéis bien que la victoria en la guerra se logra a base de heroísmos desconocidos, venciendo constantemente dificultades, en una labor tenaz y persistente. No puede jamás pensarse, cuando se lleva en el alma juventud y entusiasmo por una idea, en el aplauso ajeno. El llegar a obtener lo que nos proponemos, y aun el simple intento, es el premio de los hombres de carácter. Nosotros deseamos forjar una raza hecha de tenacidad y desprecio por esas otras cualidades—deseo de ser admirado, amor al pequeño detalle, flojedad—más femeninas que viriles.

Y detrás del hombre, la familia y el municipio. No son invenciones nuestras sino instituciones que arrancan de la misma naturaleza humana y que no pueden negarse sin atentar contra la misma. Todos nacemos en una familia y dentro de un Municipio. Y de este hecho incuestionable arranca una defensa en favor de los mismos. Sin ellos no hay vida posible y toda política que defienda al hombre será una política familiar y municipal.

La familia satisface necesidades de amparo, ayuda y cariño, y necesidades naturales. La familia une hombre y mujer y se proyecta en los hijos hacia el porvenir. La familia perpetúa al hombre.

Sobre la familia podría hacer mucha literatura, pero sería inútil. Al soldado, que se acuerda constantemente de ella, que recibe el correo con su mejor entusiasmo, que espera el fin de la guerra con propósitos de fundar una, es pueril elogiarle la institución familiar. El marxismo al ir contra la familia va, una vez más, contra el hombre y vosotros debéis ver aquí un motivo más que exalte vuestro coraje combativo. Pues, no lo olvidéis, con un fusil se defiende, además de la tierra, los padres y las

hermanas y las novias y los hijos. Y vuestro mayor consuelo será siempre saber que hay un rincón de España, callado y humilde, donde se reza por vuestra suerte y donde se os espera.

Fortalecer la familia ha sido siempre preocupación de la Falange. La maternidad es estado sagrado. La muchedumbre de hijos debe pasar, de ser una carga, a ser una gloria. La ancianidad, viudez, orfandad, merecen ser protegidos y amparados. La familia fuerte—como el hombre fuerte—hacen al Estado fuerte. Por eso el Estado que protege la familia no hace sino defenderse. En su virtud descansa.

Mas la familia es algo más que reposo y cariño. La familia es el hogar de la raza, y de la pureza de vida de aquella, depende el vigor de ésta. La familia suministra a la Patria hijos, y por eso Patria y familia aparecen tan unidos que se confunden. Toda la educación de los hijos es servicio que se presta a la Patria, y todo atentado al nacimiento de esos hijos es delito de lesa Patria. E igualmente el abandono de los hijos a sus propios caprichos, la no educación de los mismos, el considerar que la misión del padre termina en el lecho conyugal.

Pues la familia desposeída de ambición de futuro, de ambición de crear seres humanos dotados de la plenitud de facultades de poder, saber y caridad, es pura pasión de signo marcadamente marxista. El hombre sin sentido del mañana, sin anhelo de perpetuación a través de las generaciones de que es padre, es un número.

* * *

El municipio reune igualmente a los hombres y, lazo de unión entre los vecinos, favorece la unidad nacional. El municipio español de gloriosa historia, habrá de ser defendido y favorecido. Las instituciones municipales de carácter económico—propiedades comunales, sindicatos de riegos, etc.—son como otras análogas familiares —propiedad familiar, subsidios—protectoras de la producción.

También, soldado, resultaría absurdo defenderte el municipio. Tú sabes bien del cariño al pueblo y en él piensas constantemente con amor. El pueblo es, además de una organización económica, una base de vínculos afectivos. Por cada pueblo que se redime vuelven a su vida del rincón y

del hogar cientos de hombres. Desde una montaña una aldea ocupada por el enemigo es promesa tentadora. En la soledad de las cumbres el pueblo nos ofrece calor, refugio. Tampoco inventó nadie el municipio: lo llevaba el hombre dentro, en sus entrañas.

Lucharemos por el municipio fuerte y por la destrucción del caciquismo, lepra de toda cordialidad y justicia. Suprimido el caciquismo, el municipio automáticamente será lo que debe ser.

ECONOMIA

El pan y el hombre.—Toda la lucha política de estos últimos tiempos ha girado alrededor de las ideas económicas. Lo malo no ha sido el exaltar el valor de la economía, sino el permitir que ésta apague en absoluto todos los demás valores. Se ha hecho ver que el régimen económico influye decisivamente en las ideas, en la moral. Y es verdad que el ambiente, el medio social en que se vive, el desahogo en la satisfacción de las necesidades o, por el contrario, el vivir estrecho, influye en los individuos

de ideas movedizas; pero en los otros su inteligencia puede siempre a su estómago.

"No sólo de pan vive el hombre". Mas es igualmente cierto que sin pan no se puede vivir y que toda revolución, aun siendo principalmente espiritualista, habrá de serlo también económica. Está todo tan ligado en nosotros que, en la línea de las virtudes, al lado de la fe y la esperanza está la caridad. El que un Estado abrace la caridad como virtud política quiere decir que ese Estado se ha de preocupar, en todo momento de dar pan—y hogar y vestido y trabajo—a todos sus ciudadanos.

La propiedad.—Cuando existe un gran confusionismo alrededor de un tema, lo mejor es empezar por la base; en este caso por el concepto de propiedad.

¿Debe existir la propiedad? ¿Debe suprimirse? Bien; pero, ante todo, ¿qué es propiedad?

Partamos de la existencia de un destino humano, es decir, de que la vida nuestra tiene un objeto, un **por qué**. Para realizar este destino necesitamos medios; unos—como la inteligencia, necesaria para conocer la verdad— de orden espiritual; otros—co-

mo los bienes económicos, indispensables para nutrir el cuerpo—de orden material. El mundo que vemos está a nuestro servicio, a condición de que por medio de ese servicio cumplamos nuestra misión. Pero esa misión está integrada por pequeñas misiones, por pequeños destinos. Para realizar estos, los hombres se organizan y agrupan. Al lado del ser individual con una tarea propia está la familia, el municipio, el sindicato. Luego es lógico que estas agrupaciones tengan medios propios para cumplir sus fines, especiales; de aquí surjen la propiedad individual, familiar, municipal, sindical, justificadas en la forma que acabamos de decir. No es lícito, pues, plantear el problema hablando de la propiedad individual a secas, o de la propiedad colectiva únicamente, pues la propiedad, vista como medio para cumplir fines humanos de la familia, municipio, etc., no es admisible si no se la contempla en sus múltiples aspectos.

La doctrina liberal-individualista, que sólo admite la propiedad del hombre aislado, comete este error porque descansa en un concepto de aislamiento y de soledad de cada uno de nosotros. La doctrina mar-

xista-comunista sólo aprueba la propiedad colectiva, porque únicamente considera al hombre-masa, al hombre ligado fatalmente a los demás. Y es que las ideas económicas vienen derivadas fatalmente de las demás. No es la economía la que modifica las ideas sino las ideas las que definen la economía. Se quiera o no, el espíritu es lo primero.

Y para nosotros el Estado ni es un conjunto de hombres, aislados y solitarios, ni una masa confusa humana, sino una organización jerárquica y cuya razón de ser está en la misión que esa organización realiza. Por no poder cada hombre hacerlo todo, necesita unirse a los demás. Y cada grupo tiene bienes, propiedades, según los fines que tiene que cumplir. La propiedad, considerada en sus varias formas, no hace sino reflejar el complicado mecanismo de la organización social.

Y como en una nación el hombre es libre, con tal de que no vaya su actividad dirigida contra la grandeza y libertad de aquella el hombre está sometido, en su derecho de propiedad, a las limitaciones que imponen esa grandeza y libertad. El sentido social que profesamos no mata la ini-

ciativa individual si ésta es beneficiosa a la colectividad.

Y es fácil, después de todo lo expuesto, comprender nuestra defensa de la propiedad familiar, de la propiedad de los bienes comunales, de la propiedad sindical, etc. Y como hemos justificado el derecho de propiedad basándonos en la misma organización social, la consecuencia inmediata es ésta: la propiedad está destinada a servir de nutrición a la comunidad nacional. a **toda** la comunidad. Un Estado que merezca tal nombre no puede permitir la usurpación de los bienes de unos en contra de otros pues, aparte de otras razones morales, ello va contra la esencia misma de la propiedad. Y en la vida lo que se desnaturaliza se viene al suelo. Esto explica por qué las revoluciones económicas acaban siendo revoluciones morales: es que la moral abdicó de su puesto anteriormente.

Todo nacional tiene derecho a gozar de los bienes de la nación en la medida de sus merecimientos. ¿Cómo fijar éstos?

El trabajo.—Si los bienes fuesen utilizables tal como se presentan ante nuestros ojos no existiría más problema que éste:

repartirlos por igual. Pero no ocurre así; la simple hogaza de pan requiere un esfuerzo de creación. Por lo tanto, desde el momento en que consideramos este nuevo factor—trabajo—, introducimos otro elemento en el hecho de la repartición. Es lógico que se premie ese trabajo, doloroso siempre, que transforma lo no utilizable en utilizable y que a mayor esfuerzo haya mayor disfrute, y a esfuerzo nulo, disfrute nulo.

El trabajo es una misión colectiva, y por ello el hombre debe desempeñar la tarea más propia a su capacidad sin basarse en cualesquiera otras consideraciones. Todo hombre debe tener derecho a cualquier trabajo en la medida de su capacidad: Libertad de trabajo.

Por lo mismo que los bienes sustentan y dan vida a la comunidad, todo ser que en la comunidad viva debe contribuir con su esfuerzo al sustento de aquélla: Obligación de trabajar.

Y finalmente, por el hecho de pertenecer á una colectividad, que vive gracias a los bienes, hay derecho a exigir un puesto en la tarea común para así poder vivir: Derecho al trabajo.

Libertad, obligación y derecho: estos son los tres atributos del hombre trabajador. El único título es el del trabajo. La única clase, la de los trabajadores. Es verdad la proposición marxista, mas dando a la palabra trabajador su sentido exacto: trabajador es el que crea algo, con la cabeza o las manos.

La producción.—Desde que una cosa surge de la naturaleza, hasta que pueda ser disfrutada por el hombre, experimenta una serie de cambios. Para realizarlos es preciso medios y trabajo: éste para que se verifiquen las transformaciones consiguientes en la cosa; aquél, para proveer instrumentos indispensables a esas transformaciones. Aparecen, pues, reunidos capital y trabajo. La política en vez de reunirlos los enfrentó. Hemos dicho la política y hemos dicho mal. La política tomó ese estado de lucha y lo lanzó al mercado de las ideas, pero el estado de lucha existía ya desde que el hecho económico se tiñó de injusticias.

Nos llevaría muy lejos el examen de las causas originarias de la lucha de clases. En ella han pagado frecuentemente justos por pecadores. Se ha considerado como ex-

plotadores—esto es, hombres que sin realizar ningún esfuerzo viven del de los demás—a todos los patronos sin tener en cuenta que los pequeños propietarios que escarban penosamente unos terrones de tierra, o montan una miserable industria en el quicio de un portal, son trabajadores y además exponen íntegramente su hacienda. Sólo es explotador el que, sin realizar ningún trabajo que beneficie a la humanidad vive de ésta.

En la producción aparecen, pues, esos dos elementos como indispensables, pues aún en los regímenes comunistas el capital subsiste aunque sea el Estado su dueño. ¿Quién, pues, debe ser el capitalista?

En el régimen comunista el estímulo no existe. El que sabe que no puede llegar nunca a propietario gasta automáticamente lo que percibe. Ni siquiera es móvil la posibilidad de un más amplio disfrute cuando mejor o mayor sea el trabajo y, por tanto, los honorarios. Pues el hombre, vago innato, lo que a la postre quiere es vivir y prefiere la existencia sin fatigas aunque con el mínimo de placeres a una vida laboriosa y con abundancia de disfrutes.

Otro estímulo fundamental es el de po-

der entregar a la muerte a nuestra descendncia medios sobrados que le permitan abrirse paso en el mundo. El derecho sucesorio sin derecho de propiedad ni se concibe.

El mundo se mueve por el deseo de posesión de las cosas del propio mundo. Todos aspiramos a llegar a tener algo que podamos llamar nuestro y esa aspiración requiere la propiedad de las cosas. Y, además, son estas necesarias para los fines que tenemos que cumplir.

Lo que ocurre es que, por estar los bienes de una nación al servicio de toda la nación el capital que los mismos representa debe ser igualmente empleado en beneficio nacional.

Al dar carácter nacional a la propiedad y a los bienes se da igualmente dicho carácter a la producción. Lo cual es lógico porque los hombres al transformar las cosas para hacerlas útiles lo que hacen es permitir que **todos** los nacionales puedan disfrutar de ellas.

Sindicalismo.—No es misión de este folleto exponer un estudio completo de la organización sindical. Pero sí diremos nues-

tro sentido del Sindicato. El Sindicato es la entidad encargada de unir a todos los elementos que intervienen en la producción, siendo un instrumento al servicio del Estado, el que—a través del Sindicato—dirigirá la economía. Toda la actividad de los productores se encuadrará en los Sindicatos.

El sindicalismo de tipo anarquista o comunista era igualmente entidad encargada de producción, mas desentendida de la política, y con ello de toda idea nacional y moral. Y de la política, en su noble sentido, no se puede uno desentender. Ni se produce por el gusto de producir, ni por el placer grosero de vivir materialmente. En el hombre lo primero, lo que está más arriba es la cabeza. Ella debe ser la directora, la que guía. De igual forma la producción debe ser un medio, necesario sí, pero subalterno y supeditado a otras más altas finalidades. Se come para vivir. Se vive para algo que está más allá de la propia vida.

El saturaros de lo que podríamos llamar espíritu sindical, es importantísimo. Entre todo el mundo que tenemos que hacer, pocas cosas superan en importancia a esta de organizar la producción. Y lo primero es

que sintáis la producción. Hasta ahora lo que, generalmente, movía a los obreros era el espíritu de clase. Mas en economía las clases sociales deben convertirse en clases productoras. Esto es, en vez de mirar a los demás desde el punto de vista de su mayor o menor riqueza, debe hacerse desde el otro punto de vista de su mayor o menor capacidad productiva, de la ayuda que presta al desarrollo y prosperidad de la riqueza —moral y material—de la nación.

El espíritu sindical, productor, se consigue sintiéndose padre y autor de la obra producida. Porque sólo así llegaremos a la unidad de todos.

Exaltando al trabajo se exalta al trabajador. Lo mismo que en la guerra, en la paz el Ejército del trabajo ha de ser el eje nacional, pues la suerte futura de España se apoyará en los capaces de edificar, día a día, una Patria sobre el arado, el libro y el fusil: trabajo todo. La guerra infunde espíritu, organización y disciplina. La economía de una nación es cosa harto complicada y difícil para que prospere en un ambiente de anarquía. Pero la milicia es un concepto mucho más amplio de lo que vulgarmente se cree. Al decir que la vida es

milicia debe entenderse que, en todos los órdenes, el espíritu militar es indispensable.

Doctrina.—Volvamos a la doctrina de la Falange. El sentido de la propiedad que acabamos de exponer viene así definido: "El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los bienes individuales, familiares y sociales..." el caracter social de la propiedad se defiende así: "La riqueza tiene como primer destino mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo. No es tolerable que masas enormes vivan miserablemente mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos". La condena de la lucha de clases y su sustitución por una exaltación hacia la coparticipación de todos en la producción traza estas palabras: "El Estado nacionalsindicalista no se inhibirá, cruelmente, de las luchas económicas entre los hombres, ni asistirá impasible a la dominación de la clase más débil por la más fuerte. Nuestro régimen hará radicalmente imposible la lucha de clases, por cuanto todos los que cooperan a la producción constituyen en él una totalidad orgá-

nica". El derecho, deber y libertad de trabajo expuesto ya anteriormente se afirma de esta manera: "Todos los españoles tienen derecho al trabajo. Las entidades públicas sostendrán necesariamente a quienes se hallen en paro forzoso. Todos los españoles, no impedidos, tienen el deber del trabajo. El Estado nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir, como condenados, a costa del esfuerzo de los demás. La cultura se organizará en forma de que no se malogre ningún talento por falta de medios económicos. Todos los que lo merezcan tendrán fácil acceso incluso a los estudios superiores". Finalmente, la organización sindical de nuestra Falange en contra y oposición a los sistemas capitalistas y marxistas, está así condensada: "Concebimos a España en lo económico como un gigantesco sindicato de productores. Organizaremos corporativamente a la sociedad española mediante un sistema de sindicatos verticales por ramas de la producción, al servicio de la integridad económica nacional. Repudiamos el sistema capitalista que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la

propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes, propicias a la miseria y a la desesperación. Nuestro sentido espiritual y nacional repudia también el marxismo. Orientaremos el ímpetu de las clases laboriosas, hoy descarriadas por el marxismo, en el sentido de exigir su participación directa en la gran tarea del Estado Nacional.

EL ESPIRITU

El Estado y la verdad.—Las primeras impresiones que recibimos en la vida tienen forma de pregunta. El niño dice constantemente: ¿qué es esto?, ¿para qué sirve aquello? Nacemos, por tanto, con un afán constante de averiguar el por qué de las cosas y esta preocupación ya no nos deja. Y es tan grande que, si no hay una autoridad superior e indiscutible que nos resuelva esas constantes inquietudes, tratamos de hacerlo por nuestra propia cuenta con lo que los más, dado que hay más número de ignorantes que de sabios, caen en

toda clase de errores y de aberraciones. La vida es muy corta para que un solo hombre trate de averiguar la verdad. Ha de recoger los esfuerzos de sus antepasados y a ellos unir el suyo.

La labor de un Estado frente a este problema no puede reducirse a cruzarse de brazos. La mayoría de las veces lo que ha hecho el poder público es desentenderse de estas cuestiones y dejar a los hombres a solas con su afán de saber. El hombre, en esta situación, se devana los sesos y, al final, no sabe nada.

Un Estado ha de creer, ha de tener forzosamente una verdad: una verdad que enseña e impone. Una verdad que una a todos. Desde la más alta Universidad a la más rural de las escuelas primarias debe enseñarse a creer, a pensar y a sentir. Y al igual que a trabajar, todos los hombres tienen el derecho y la obligación de educarse. "La cultura se organizará en forma de que no se malogre ningún talento por falta de medios económicos. Todos los que lo merezcan tendrán fácil acceso incluso a los estudios superiores". Es decir, que junto al derecho y al deber está la libertad de elección de profesión.

La cultura es, sin embargo, algo más que una serie de creencias. Es también educación del carácter y de la sensibilidad. Nuestra preocupación constante es la formación de espíritus templados, capaces de afrontar toda situación difícil; su medio será la formación premilitar y militar, aparte de las enseñanzas de otro género. "Todos los hombres recibirán una educación premilitar que les prepare para el honor de incorporarse al Ejército..." Y la sensibilidad se habrá de cultivar gracias a una constante propaganda de arte y un ambiente social adecuado.

Ambiente.—Consideramos este punto fundamental. Hay un lenguaje clarísimo, de lo que representa y es un país, en las fachadas de los edificios, en el orden cuidadoso, en el silencio de las grandes ciudades, en la limpieza de las oficinas públicas y de los paseos. Las palabras de tono grueso en las paredes indican que por allí se cultiva el marxismo; el aire ruidoso, espeso y desordenado de las grandes avenidas cosmopolitas, el burocratismo sucio de las covachuelas oscuras de los ministerios, son muy liberales.

En ambiente así el hombre se siente forzosamente rebelde, indisciplinado, holgazán y juerguista. La disciplina de las grandes masas requiere la voz abierta y simpática del orden, de la claridad, de la alegría, de las casas limpias, de los parques.

En lo rural diremos lo mismo. Sobre un campo áspero, desértico, abrasado por el sol o hecho un lodazal, la vida es demasiado agria para que no resulte fácil el desarrollo de toda violencia inútil. El árbol es un sedante. El agua lo mismo. La vivienda aseada e higienizada, también. Todo eso, y mucho más, está en nuestros propósitos.

La cortesía es señal de espíritu cultivado. La alegría, de hombres sanos. La disciplina, de hombres fuertes. El clima así permite llegar a comprender fácilmente cosas más altas.

Religión.—Las incógnitas que de niños nos forjamos se van aclarando a medida que pasa el tiempo y la cultura entra en nosotros. Pero hay una clase de preguntas que sólo la Religión o la muerte soluciona. Estas: ¿Para qué estoy aquí?, ¿de dónde he venido?, ¿a dónde voy?, ¿cómo vivo?

A fuerza de querer borrar la idea de Dios,

se han ido creando otros dioses: La Naturaleza de los románticos del pasado siglo. La Libertad de los liberales revolucionarios. El Proletariado. La revolución de los marxistas. Todos son seres supremos, intangibles, inviolables, fuentes de felicidad y prosperidad, razón de ser de los hombres y los pueblos. Ahora bien; estos son precisamente los tributos de Dios, de las religiones y de la Religión católica. Inconscientemente los negadores de Dios acaban atribuyendo a sus creaciones artificiales las propiedades de la divinidad. Y es porque el hombre no puede prescindir de la idea de un Ser Supremo, razón y fundamento de todo.

Pero la Naturaleza no explica el espíritu. La Libertad no conoce la vida eterna. El Proletariado sólo sabe de máquinas. Quieren ser dioses y se quedan a mitad de camino. E ignoran, además, todo sentido de amor hacia los hombres. No puede negarse a Dios. En vano podrá el hombre olvidarse del más allá, aturdiéndose en el mundo; pero a la hora de la muerte, cuando ese mundo se empequeñece y no ofrece ya ningún atractivo, aquellas preguntas vuelven de nuevo con más ahinco, con más

tenacidad. Si frente a ellas no tenemos unas respuestas claras, ¿de qué sirve haber vivido? Nos llenaremos de angustia y desesperación, y moriremos sin serenidad, perdida toda idea sobre nuestro destino. Vosotros, soldados, bien lo sabéis.

Aunque sólo fuese por esto, por no abandonar a sus súbditos ante la muerte, el Estado debe proclamar y defender la verdad religiosa. Y algo más: imponerla. Y aún añadiremos otra razón: el hombre creyente es mucho más noble y su vida mucho más fecunda que el que no lo es. Aquél, sintiéndose hijo de Dios, recoge, más o menos, sus virtudes. El que s a b e de donde viene y a donde va tiene, por comparación al que anda a ciegas, aplomo, seguridad, decisión. El que sabe que la vida tiene un fin trascendente y eterno, la sacrifica con gusto a ese fin y es, generalmente, valiente. La idea religiosa, el empapar todos nuestros actos, nos infunde una apacible serenidad. Y el creer que todos somos hijos de un mismo Padre es el vínculo más poderoso de unión entre los hombres: es la verdadera hermandad.

Bastarían estas razones, pero en España hay una más. Nuestra Historia está tan uni-

da a la idea religiosa—y más concretamente a la Religión católica—que tratar de destruirla es pensar en cortar de raíz algo que está tan dentro de nosotros, que su muerte sería nuestra misma muerte. Todo desvarío religioso ha sido en España acompañado de otros muchos desvaríos nacionales y políticos. Han sido épocas de desorientación, de esterilidad, de "despiste", cuando no sangrientas y crueles. El español tiene metido en el tuétano del alma el catolicismo; al renegar de él reniega de sí mismo y aun así y todo rara vez acaba en laicismo completo. Y, coincidencia clarísima, nuestros enemigos, liberales o marxistas, son enemigos de Dios.

El Estado español se inspira necesariamente en la idea religiosa. La vida española ha de ser capaz de enfrentarse con éxito con la profundidad del catolicismo por sentirlo y para realizarlo. Fuera de él somos incapaces de abrazar cualquier otra religión. Todas las manifestaciones públicas de la fe son educadoras y necesarias. Nosotros no creemos en el hombre aislado sino en el hombre que vive en el seno de una sociedad. Por eso no basta la profesión privada de religiosidad, sino también

la pública. Toda la actividad española ha de estar iluminada por la ciencia de que todo acto, por pequeño que sea, sirve para nuestro último fin. Sólo así infundiremos a nuestra vida fuego religioso para hacerla útil y poderosa.

La Falange dice: "Nuestro Movimiento incorpora el sentido católico—de gloriosa tradición y predominante en España—a la reconstrucción nacional".

La unidad de destino de España.—Todo nuestro credo gira alrededor de una fe: la fe en España. Es decir, la creencia de que somos un pueblo de vida propia, fuerte, capaz de realizar una misión ante nosotros mismos y ante el mundo. "Creemos en la suprema realidad de España": Así inaugura la Falange su programa. La misión capital que le corresponde a esta generación es la defensa de ese poder interno de que somos dueños, de esa realidad española: "fortalecerla, elevarla y engrandecerla es la apremiante tarea colectiva de los españoles. A la realización de esa tarea habrán de plegarse, inexorablemente, los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases". Es decir, esa realidad es lo prime-

ro y, por tanto, es secundario todo interés partidista. Y para que al renunciar a nuestros egoísmos no suframos, es necesario que algo esencial se coloque a la cabeza, dominando pequeñeces. Ese "algo" es nuestro destino colectivo, que por ser de todos debe ser respetado por cada uno. "España es una unidad de destino en lo universal". ¿Cuál es ese destino? ¿Cuál esa misión que debemos realizar ante nosotros y ante el mundo?

Esta precisamente: infundir a todos los hombres el espíritu de hermandad de la Falange, darles el mismo sentido de la vida que conocemos y profesamos.

Imperio.—La fuerza sola logra muy poco. Mas la razón sin una fuerza que la defienda no sirve de nada. España esparcirá su credo a los cuatro vientos y hará lo posible para que todos lo sientan. Las armas callarán aquí y la razón hablará.

Mas anhelamos igualmente respeto y consideración de todos. Sólo los países fuertes son respetados y pueden cumplir su destino. Y el nuestro es ahora oportuno y decisivo. Ya os dije cómo hubo un momento en la Historia en que predicamos y

pusimos en vías de realización la idea de una paz universal. No pudo llevarse a cabo porque nos abandonaron, porque no encontramos ambiente. Pero ahora son otros tiempos. Ahora no nadan en la abundancia las naciones y una crisis espantosa asola el mundo. Nadie—salvo raras excepciones—sabe a donde va. La salida, el desenlace de la actual situación no se ve por ningún lado. Los hombres buscan soluciones, se afanan, enloquecen de desazón y, a la larga, nada averiguan. Pero aquí estamos nosotros.

Esta es la gran ocasión. Tenemos la solución y el ansia febril de esparcirla por el mundo. En bien del hombre.

Este es nuestro Imperio, nuestra "voluntad de Imperio". "Tenemos voluntad de Imperio." Afirmamos que la voluntad histórica de España es el Imperio, es decir, que sólo alcanzaremos nuestra perfección, nuestra categoría, colocándonos en situación de eje, en papel director. Colocando a nuestra Patria a la cabeza del mundo: ARRIBA.

Nuestro Imperio será un acto de resurrección, de creación. El muerto resucita-

rá y se pondrá en pie. El que ocupaba el último lugar ahora estará el primero.

Para ellos tenemos la razón y la fuerza. La guerra nos dice claro, pues nuestro mayor enemigo no es nacional sino extranjero. Y en el futuro ya nadie osará aplastarnos. Nuestro Ejército nacional nace ahora, mas no terminará en la paz. Sin el menor ánimo de aquélla, con un ansia grande de paz, por el contrario, España tendrá ya siempre un ejército, garantía de su independencia. "Nuestras fuerzas armadas —de tierra, mar y aire—habrán de ser capaces y numerosas como sea preciso para asegurar a España en todo instante la completa independencia y la jerarquía moral que la corresponde." La paz sólo decansa a la sombra de las espadas. El pacifismo, tan proclamado por algunas naciones, o es hipocresía o es impotencia. Nuestro ejército no será un alarde fanfarrón sino una garantía de que podemos vivir **nuestra vida.**

MENSAJE

Pasado y presente.—Basta recorrer las tierras de España para darse cuenta de que en otra época fué un país noble, fuerte y creador. Aquí estuvieron las mejores Universidades del mundo. Aquí nacieron soldados que pisaron en triunfo las más distintas tierras. Sabios, Santos, capitanes, césares. Cuando los países empezaron a adoptar la actual forma de naciones, España fué la primera que alcanzó esa categoría. Y en lo esencial puede decirse que en España no existió realmente el feudalismo.

Fuimos los creadores de un pensamiento de hermandad universal, los cruzados de una paz general y católica, paz que quedó en proyecto porque, a la larga, se fueron apartando los demás y, al fin, nos dejaron solos.

¿Eran aquellos hombres mejores que éstos? Ni mejores ni peores porque todos somos hijos de una misma madre. Han sido luego los propios desvaríos los que nos mataron aquella vieja fuerza y nos dejaron lánguidos, perezosos y cobardes. La obra quedó, así en sus comienzos. Ahora tenemos que purgar los pasados errores. Generación tras generación las torpezas se acumularon y al nacer nosotros eran ya un polvorín a punto de estallido. Luego vino éste cuando estábamos en medio de la calle. Nos ha azotado el fuego.

Pero la guerra permite abrigar todas las esperanzas. No es España país colonial, y aún caída y desarmada sabe sacar fuerzas de flaqueza, concentrar energías y repartir mandobles. La duda que existía sobre nuestras posibilidades de resurgimiento se disipa. El soldado es no sólo un soldado sino un tipo de hombre capaz de disciplina, moral y coraje, consciente de sí mis-

mo. Lo triste sería poseer estas cualidades y no saber qué hacer con ellas; esto es, carecer de una verdad política y humana para edificar de nuevo el porvenir, para seguir el camino que quedó a medio terminar.

Derecho y deber.—Esta España, que tanto fué en otra ocasión, aparece en los últimos años como uno de esos pueblos de guerra situados entre las dos líneas de fuego, sobre los que cae constantemente metralla de una y otra parte. El pueblo quedaba ahí, sólo y batido por todos sus flancos, esperando el momento de la liberación. Y nuestro cielo estaba, como el cielo de los grandes días de combate, cruzado por toda suerte de proyectiles. España está ahora a punto de asalto definitivo. Y cuando éste llegue, el cielo volverá a ser silencioso, alto y ancho.

Pensadlo bien. Sois los actores de un gran drama de la Historia y en vuestras manos está el que ese drama desemboque, no en una comedia ni en un vodevil ni una zarzuela, sino en una obra armoniosa de canto sereno de paz. Lo peor, sin embargo, que pudiera ocurrir es que llegárais a creer que la paz debe ser tanto como un descan-

un fin, salvando obstáculos y haciendo, si es preciso, caminos. Un Ejército es una organización de hombres que camina hacia la conquista. Sea España mañana un Ejército también, una organización perfecta que marche hacia la conquista del Estado y del Estado Nacional-Sindicalista.

Voz de los muertos y de la vida.—Es dura la perspectiva. Estar siempre en pie de guardia, en vida de centinela. Pero todo lo ocurrido ha sido precisamente por no vivir vigilante, por dormirse peligrosamente, por no estar de pie. Tenéis que haceros a la idea de que sois dueños de un depósito sagrado que sangra por mil heridas. Lo queráis o no, los muertos son vuestros eternos compañeros y no os abandonarán jamás. Día por día fueron cayendo, unos aquí, otros allá, como el rastro de unas pisadas. No dejéis el camino, pues la traición a los muertos es la traición a la propia raza, encarnada en ellos, y a la Patria.

Ya sé que no sabéis muchas letras, pero en cambio conocéis como pocos ese lenguaje elemental y profundo de las cosas sencillas: de la aldea, de la madre, del hogar. He procurado invocaros ese pequeño

so. ¿Es que puede haber una guerra como ésta en que se lucha dentro del propio hogar y frente a hermanos nuestros, con todo su cortejo inmenso de muertos y mutilados, sin que se busque luego eso que, vagamente podríamos llamar **algo**? Algo. En el fondo todos pensáis en algo distinto a lo que os tocó vivir. Muchos lo soñáis, pero pensando que sean otros los que lo hagan. Algunos, con más coraje y más conciencia de su personalidad, quieren ser actores. Si la guerra se hizo para algo, los que cayeron en ella son los primeros sacrificados a ese destino glorioso. Y, por lo tanto, si les traicionamos, si nos cruzamos de brazos, les abandonaremos. Fatalmente nos maldecirán.

Es fácil hablar de derechos; no tanto de deberes. Es fácil adularos diciéndoos que mañana podréis reclamar tanto y cuánto. Y la verdad es que sólo tenéis derecho a cumplir con vuestro deber que es realizar lo que se soñó desde hace mucho, lo que soñaron los muertos. El descanso sólo es admisible como un alto en el camino. El hombre es el único ser que vive de pie, en actitud de andar. Su destino es ese: caminar; dirigirse constantemente a

mundo familiar y cotidiano, porque es el vuestro y porque en él nos encontramos fácilmente todos. Pero lo elemental no significa vulgaridad, rutina. Os hablo de lo que habéis tantas veces vivido pero no con el propósito de detener nuestras ambiciones en ese pasado: esto es, en el hogar sin fuego, en la aldea miserable, en la madre desvalida. Invocamos todo eso como cosas sagradas sobre las cuales se ha de edificar, mas como tenemos ambición de España queremos que el hogar no conozca la miseria y que las aldeas sean cosa viva, llena de civilización, y la tierra origen de riqueza y desahogo. Y que cada uno rinda un trabajo beneficioso para todos. Y que la Religión, sentida y vivida hondamente, nos haga mejores y nos una con lazos de caridad. Y que la patria sea el lugar en que todos encuentren sitio.

Tenemos que crearla. La palabra Patria os sonará quizás, a literatura, a cosa de señoritos. Pero una Patria es mucho más de lo que suponéis. Encontrarla es tanto como encajarse en la vida, encontrarse a uno mismo. Vosotros sois hombres de la guerra y debéis ser los hombres de la postguerra. La paz, si cumplís con vuestro de-

ber, nos hará ver estos momentos que vivimos como parto difícil, pero glorioso. Como algo muy duro pero que permitirá luego una vida, si bien dura—porque es que la vida es así y mentiría pintándoosla de otra manera—repleta de calor de hermandad y posibilidades de grandeza. Vuestro destino estará cumplido si oís la voz de los muertos. Así veréis que por paradoja magnífica pero inexplicable para muchos la vida, la vida futura, descansará sobre los muertos de Ayer y de Hoy. Porque ellos hacen posible el Mañana.

Estáis en pie forzado, en un callejón sin salida. No os cabe otra suerte que afrontar este momento difícil que os tocó vivir y remontarlo con valentía. O todo o nada. Hoy no caben medias tintas, ni agua al vino, ni gato por liebre. No cabe seguir la vida pasada. Es preciso el despertar de aquellos que aún no ven todo por andar dormidos. Más que hablaros de derechos os hablo de deberes. Mezclo la muerte y la vida. ¡Cosas raras!, diréis; pero todo el pensamiento de la Falange está escrito en un lenguaje que parece raro de lejos, y de cerca, yendo a él con amor y sencillez, es claro y elocuente, como el habla española.

La Falange y los combatientes.—Lo peor que puede ocurrir en un naufragio es carecer de tabla a que agarrarse. Lo peor que puede ocurrirle a una Nación que naufraga es no tener una verdad que abrazar, un programa para el porvenir. Cuando ocurre un cambio violento en la vida de un Estado y éste se viene a pique, la tabla de salvación se llama revolución.

En estas páginas se habla de una gran tragedia y se bosqueja algunos aspectos del nacional-sindicalismo. Nació éste en trance de guerra y para la guerra, y para después de la guerra. Los hijos de la guerra han de ser, por tanto, los más aptos para comprenderlo. La Falange pudo encabezar sus puntos programáticos con esta dedicatoria: "para los que sean capaces de pensar en los demás". ¿No estáis vosotros aquí? La vida es así: unos se sacrifican y otros no, unos caminan y otros no. El camino es duro, pero después de recorrerlo, ¿nos cambiaríamos por los que quedaron quietos? La Falange es para los que saben andar.

Ella os llama. Porque supone que los que estuvieron muchos meses en guerra son aptos para comprenderla. Dijo José

Antonio: "Todo es amargo y difícil, pero no será inútil". Veía esa posibilidad de que los que les tocó vivir el momento "amargo y difícil" se incorporasen definitivamente a España y a su destino para no hacer "inútil" el sacrificio de los muertos.

En los momentos duros piensa en esas palabras. Bien vale la dureza de algunos momentos, aunque estos momentos sean años, si luego, mañana, una eternidad, brilla sobre nosotros con banderas y cielos claros bajo la mirada de Dios y de la Patria, encarnada en los que montan la guardia allá arriba, donde pondremos el nombre de España.

La Falange te espera.

Camino.—Por la senda, entre matojos, van los soldados de España. Con el sudor en el cuerpo que a las balas va llamando. El polvo tapa su rostro, la barba de muchos días. En la mochila un pan blanco, en la cantimplora el agua. Las cartucheras repletas, pronto el fusil y el machete. Todos los huesos cansados de montes y carreteras. Las manos como estandartes que saludan a los cielos donde lucen mediodías, ocasos, lunas y albas. Calor en los meses

cortos, hielo en el invierno largo. Con los pies sobre la tierra y la mirada a lo lejos. Curtidos por la campaña de tantos días de lucha.

Tú, España, los encendiste con la llama de tu sangre y hoy son fieles huracanes de tu destino glorioso. Ellos son tus avanzadas, ellos son tu mejor gloria. Abraza los cuerpos yertos de los que al fin no llegaron. Muertos son aún más soldados, están más cerca de tí. Con su fe y con su heroísmo cambian tu pasado triste.

Haz que no te dejen luego, cuando callen los cañones; que caminen como ahora, que prosigan su sendero. Que no se abatan ni venzan ante los muchos obstáculos. Ante la envidia y la crítica, la pereza y la desgana. ¡Por los que fueron cayendo, por los que están mutilados!

Así te darán, Mañana, gloria, lauros y banderas.

FRENTE DE CASTELLON,
junio de 1938.—II Año Triunfal.
4.ª DIVISION DE NAVARRA